

Las últimas palabras de este homenaje rendido al profesor Miguel Ángel Virasoro, nos toca pronunciarlas a nosotros, sus alumnos, quienes vivimos la experiencia de su magisterio filosófico.

Si analizamos en unas pocas y rápidas líneas las afirmaciones pedagógicas últimas del idealismo absoluto, que constituye la fuente inspiradora de la Filosofía tal como la entendió el profesor Virasoro, llegamos a algunas conclusiones, hechas vida y realidad en el maestro cuyo recuerdo nos congrega.

Así en Gentile, el centro de la filosofía es el concepto del Espíritu como acto puro, como pensamiento pensante y no como pensamiento pensado. La realidad no es admitida por él como objeto fuera del sujeto, sino como sujeto, como un hacerse en el proceso de formación del Espíritu. Este Espíritu es concebido como un continuo desenvolvimiento, como un continuo hacerse.

La autoconciencia es la síntesis del sujeto y del objeto y el problema del conocimiento es resuelto por Gentile sobre la base de la fusión del objeto con el sujeto. No admite el objeto como algo inmediato al sujeto sino como parte del mismo en el momento en que lo piensa. El Espíritu, al pensar la realidad, la crea y al hacerlo se crea a sí mismo. El Espíritu es pues, una autocreación y esa creación se lleva a cabo en un continuo proceso en el que la historia es parte del presente y en el cual, al hacer historia, el espíritu se hace y elabora su propia realidad. Si el pensamiento es acto vivo de creación, todo el proceso educativo debe fundamentarse en una cultura también viva y vivida por el sujeto.

La teoría de la formación del Espíritu como autocreación y la concepción de la realidad como immanente al sujeto llevan a una importante solución del difícil y discutido problema de las relaciones entre el educando y el educador. Si fuera de la conciencia del sujeto no puede existir realidad, toda vinculación con otro sujeto debe ser creada en esa conciencia. La inclusión de otro sujeto en la conciencia propia es un acto de profunda subjetividad en el que se resuelven dos subjetividades empíricas: las de los dos sujetos. Al afirmar la existencia de otro sujeto in-

corporado a su conciencia, el yo realiza también una afirmación de sí mismo.

Y es aquí donde quiero hacer referencia a la experiencia que creo hemos vivido los alumnos del profesor Miguel Angel Virasoro. Desde el primer momento de su presencia entre nosotros, desde el instante en que asistimos a su enseñanza filosófica, comprendimos que de lo que se trataba era, precisamente de un único acto de convivencia espiritual mutuamente participada, en el que cada uno experimentaba la realización misma de su ser entendida como espíritu. La filosofía no era una cosa, una objetividad ante la cual nos encontrábamos, sino el dinamismo de un proceso interior. Y este proceso interior establecía desde cada yo una comunicación con las fuentes de su vida: con la vida de sus semejantes, con la misteriosa vida de la trascendencia divina. Y en este proceso de comunicación, el maestro era el guía, el amigo conductor, el compañero que recorría con nosotros nuestro propio camino, que era simultáneamente su propio camino: el camino del hombre, el camino del Espíritu.

Por eso, en este testimonio que queremos dar ante ustedes, no podemos pasar por alto el hecho de que el profesor Miguel Angel —como solemos llamarlo— fue y permanece siendo en nuestro recuerdo un modelo del más profundo magisterio filosófico: aquel que muestra la filosofía como el ámbito dentro del cual todos vamos recorriendo las dimensiones más profundas de nuestro ser. Eso explica que, además del respeto intelectual y además del reconocimiento a su saber profundo, deba recordar el clima de convivencia amistosa y cordial que siempre envolvió todas nuestras relaciones. Don Miguel Angel Virasoro no era solamente el profesor a quien encontrábamos en el aula. Era, en alguna medida, un ejemplo vivo del filosofar, que realizándose en la subjetividad del maestro, se transmitía y actualizaba en la subjetividad personal de cada uno de nosotros.

Dentro del idealismo, el pensamiento del profesor Virasoro afirmaba un valor absoluto para el modo personal de la vida espiritual que se orienta hacia la comunicación en la Verdad y el amor de una Persona infinita. Si se considera esto, se hace perfectamente comprensible que nuestra experiencia más profunda haya sido durante los años de su magisterio, ésta: la de que nos encontrábamos en su presencia no sólo aprendiendo filosofía, sino aprendiendo una permanente lección de auténtica vida personal.

Este fue el centro teórico de su acción docente. A ello falta agregar lo que podríamos llamar “armónicas de sentido” que siempre lo acompañaron. En primer término, *autenticidad*, capacidad para vivir perma-

nementemente en el nivel de sus propias ideas; en segundo lugar, la *bondad*, es decir la capacidad difusiva del bien y del ser que incluía cada una de sus proposiciones, cada una de sus enseñanzas.

Sí, creo recordarlo perfectamente: el ser, el espíritu, el bien y la verdad no sólo eran dichos teóricamente por sus palabras. Los irradiaba en cada una de sus sonrisas, francas, cordiales, en cada uno de sus gestos, en la amistad y en el afecto personal con que, sin simulaciones, estaba vinculado a cada uno de sus alumnos. Inclusive otorgaba vida a sus silencios, a los largos silencios hechos de profundidad, de mansedumbre, de quietud y que crearon el ambiente realmente inolvidable de sus clases, de su compañía, de su supremo amor por los seres humanos.

Sin gran brillantez didáctica, sin ampulósidades, con la humildad que da la sabiduría, estaba siempre abierto a sus alumnos, en actitud de espera y de respeto a sus iniciativas.

Don Miguel Angel Virasoro vivió "para" y "desde" el Espíritu. Estamos seguros que sigue viviendo en El, cada día más pleno, cada día más total, cada día más bueno.